

CAPÍTULO 1º

UNA AVERÍA INOPORTUNA

Con gesto hastiado, Robert Tucker abre el capó y, tras un rápido y somero vistazo, lo vuelve a cerrar.

-¡Mierda, la correa del ventilador! –Con rabia, pega un puñetazo sobre el techo del viejo auto alquilado.

-¿Qué pasa, cariño? –Una guapa joven de larga melena rubia baja del coche y apoya una mano en el hombro del hombre.

-¿Te apetece hacer noche en medio de la nada? –Pregunta él tomándola de la cintura y atrayéndola hacia sí.

-No creo que sea necesario ser tan drásticos –ella agita un pequeño folleto ante la cara de él-. Mira.

-¿Qué es eso? –Bob toma el papel y lo lee en voz alta-. “Motel Queen’s Crown”, habitaciones amplias y trato excelente” –luego dedica a su compañera una divertida mueca-. ¿Hablas en serio? ¿De veras de apetece pasar la noche en un motel de carretera oyendo como las putillas follan con los clientes?

-No sé –ella se encoge de hombros-. Lo cogí en la última gasolinera por la que pasamos. Por lo menos será mejor que dormir en el coche.

-Sí, en eso tienes razón –Robert asiente con la cabeza y besa ligeramente la blanca frente de la chica.

Luego cierra el coche con llave y la toma de la mano.

-Bien. Tú dirás hacia dónde hay que ir.

-Oh, está cerca, lo pasamos hace un par de kilómetros –ella sonríe y aprieta la mano del hombre.

-De acuerdo, vamos para allá –dice él mientras comienzan a caminar-. Espero que tengan teléfono, hay que llamar a la grúa que se hagan cargo del coche.

-Claro –dice ella.

En el cielo del anochecer comienzan a formarse nubes de lluvia, y Robert Tucker maldice no por primera vez, su decisión de pasar su Luna de Miel en Inglaterra.

Cuarenta largos minutos más tarde, la pareja de recién casados llega a la recepción del motel “Queen’s Crown”.

Hace rato que la lluvia arreció y ellos están empapados de pies a cabeza.

Pasan cerca de cinco minutos antes de que alguien, una mujer cercana a los cincuenta y de aspecto cansado, les abra la puerta.

-Buenas noches –saluda con una ligera inclinación de cabeza-. Disculpen la tardanza, estaba ayudando a mi hija a... -La mujer no termina la frase y se limita a agitar levemente la cabeza.

Entonces, desde detrás de la mujer, les llega una voz juvenil.

-¿Quién es, mamá? ¿Clientes?

-Sí, cariño. Son clientes –se vuelve hacia los Tucker, dedicándoles una cansada sonrisa.

-Entonces... -Robert Tucker le devuelve la sonrisa mientras atrae hacia sí el tembloroso cuerpo de su esposa-. ¿Tienen habitaciones de sobra?

-Claro. Es más, tenemos todas las habitaciones disponibles – replica la madura mujer, ensanchando aún más su sonrisa.

-Eso es perfecto –responde la joven y bonita mujer de Bob Tucker dando un beso a su marido en la mejilla.

-De acuerdo. Prepárenos una habitación pues –Robert, resignado, se acerca al mostrador a firmar el libro de registro.

Cinco minutos más tarde, en la habitación C-11...

-¿Has llamado ya a la grúa? –Pregunta su esposa mientras se deja caer en la cama.

-Sí. El servicio más cercano está a casi cuatrocientos kilómetros –responde él con voz cansada.

-Bueno, por lo menos tenemos un sitio donde pasar la noche –zalamera, ella se acerca a su marido y tira de él hacia la cama, quedando ambos tumbados sobre el lecho-. Verás como al final hasta nos parece divertido.

-Sí, seguro –bufa él con desgana-. ¡Ojala hubiésemos ido a Las Vegas! Ahora mismo yo estaría jugando al Black Jack y tú a las máquinas y no en este motel en un lugar olvidado de la mano de Dios.

En ese preciso instante, alguien da unos ligeros golpecitos en la puerta.

-¿Sí? –Robert se incorpora de un salto y abre. Una guapa joven le sonríe desde una silla de ruedas.

-Señores Tucker. Dice mi madre que si necesitan algo no tienen más que pedirlo.

-Gracias –por un momento, Bob queda callado sin saber qué decir, por fin, tras el instante de duda, pregunta-: ¿Cómo te llamas?

-Barbara, señor –y tras esto, la joven invalida se aleja, manejando su silla de ruedas con gran soltura.